

Llegó esta carta á Francia cuando todo estaba en movimiento á consecuencia del triste y desventurado resultado de los últimos socorros, y acerca de los medios de procurar de nuevos. No obstante, parece que hizo poca impresion dicha carta en el ánimo del Gran Maestre. Los Cistercienses contribuyeron á ello, ofendidos por ver á san Bernardo objeto de la murmuracion de una infinidad de malcontentos, y temiendo que de rechazo el Papa no le obligase á marchar á Oriente, por cuyo motivo dichos religiosos en vez de animar á los pueblos para ir al socorro de los orientales, trataron de disuadirles de tan loable objeto. Esto es una de las razones por las cuales Everardo no se rindió á las instancias de sus caballeros. Disgustado del mundo, y abrumado por las dificultades anexas á su ministerio, dimitió y abdicó el maestrazgo en manos de aquellos caballeros que habian sido comisionados para entregarle la carta que hemos copiado antes, no pudiéndole hacer cambiar de resolucion, y luego pidió á san Bernardo le admitiese entre sus discípulos. Claraval fué testigo durante más de veinte y cuatro años de la vida ejemplar de Everardo. Su caracter fué espíritu de penitencia y mortificacion, que, unido á una viva aprension de los juicios de Dios, le hizo abrazar con alegría los trabajos más penosos de la vida monástica que se practicaban en Claraval.

Everardo asistió en 1174 á la consagracion de la capilla de Montmorency, y entre los que están escritos en el acta de dicha dedicacion, se le da el nombre de monje de Claraval (1). Fué enterrado en esta abadía y se halla colocado al 25 de noviembre en el menologio del Cister, en el número de aquellos que han ilustrado la Orden por el esplendor de su santidad y religion (2).

(1) Hist. de la casa de Montmorency, pag. 113.

(2) Menologium Cister., pag. 382.—Item, Robert, Ruca et Cistercium bistercium, pag. 192.



CAPITULO VII.

Fr. Bernardo de Tramelay, cuarto Gran Maestre.—Eleccion del Gran Maestre; cualidades del elegido.—Tentativa de los infieles para apoderarse de Jerusalem.—Las dos órdenes del Temple y Hospital defienden la santa ciudad.—Expedicion á Ascalon; su sitio; muere en la brecha el Gran Maestre; derrota de los sitiados; suspension de hostilidades; capitula la plaza.—Entrada triunfal del ejército cristiano; el Patriarca seguido de las dos Órdenes militares lleva el sagrado madero de la santa cruz del Salvador.—Muerte de san Bernardo protector de la Orden Templaria.—Donaciones.



UEGO que los caballeros enviados á Fr. Everardo de Barres llegaron á Palestina con el acta de abdicacion del maestrazgo, tuvo lugar la reunion del capítulo general para elegir un nuevo jefe de la Orden; y no fué elegido un tal Hugo Jofre, de quien hablan Baudoin (1) y el presidente Boissieu (2), por cuanto dicho Hugo vivió, como lo veremos, en 1252, sino que lo fué un caballero de la primera nobleza de Borgoña, del cual se hace mencion en una carta de 1135 (3), llamado Fr. Francisco Bernardo de Tramelay, nombre de un castillo de la baronía de Arinthoz. Bernardo era el tercer hijo de Humberto señor de Tramelay. La eleccion de este maestrazgo se hizo en 1151.

El nuevo Gran Maestre, conocido por su experiencia y valor, parecia nacido para el gobierno, demostrando sus dotes de inteligencia y acierto

(1) Privileg. de los Hospital., pag. 10.

(2) Boissieu al fin de sus Misceláneas.

(3) Revista de las piezas para la hist. de Borgoña por Estéban Perard, pag. 109.

en aprovechar las coyunturas favorables para remediar las necesidades del momento, y conjurar los peligros que tan á menudo amenazaban á los Templarios. Sus primeros ensayos y acertadas disposiciones contuvieron los progresos de Noradino y del sultan de Acre (Tolemaida), impidiéndoles por mucho tiempo que pudieran causar molestia, ni emprender ataques serios, sin experimentar algun revés de consideracion.

Después de haber hecho la campaña de 1151 contra estos dos caudillos musulmanes, es decir, Noradino y el sultan de Acre, bajo las órdenes del rey de Jerusalem, el Gran Maestre Tramelay se retiró á Naplus con el grueso del ejército y fuerzas del Temple, para reponerse de las fatigas, organizar y aumentar los escuadrones del Temple, y abastecerse de lo más necesario para emprender otra vez la ruda campaña contra los infieles.

El rey Balduino fué á Trípoli para tratar los asuntos del reino con el conde Raimundo, pero tuvo el sentimiento de ver á dicho señor, con dos ó tres más, muerto á puñaladas en las puertas de la ciudad por los llamados Batenianos, famosos asesinos de los cuales tendremos ocasion de hablar más de una vez (1).

Después de la retirada de Conrado y del rey de Francia con los restos de sus diezmos ejércitos, se introdujo en la Palestina espantoso desaliento, y aprovechándose de esta consternacion, entró Noradino, como hemos visto, en el principado de Antioquía, devastando el país y apoderándose de algunas fortalezas. El sultan de Acon (2) por su parte hizo lo mismo en el condado de Edesa, derrotando el cuerpo de ejército que mandaba el jóven Courtenay, que cayó prisionero, y murió de pesadumbre al cabo de poco tiempo, cargado de hierros con que le tenia sujetado el bárbaro sultan. Fué tanto el espanto que causó esta invasion, y el terror que se apoderó de los habitantes en dicho condado, que todos huian al acercarse el ejército infiel, abandonando los cristianos su patria y casas, y para sustraerse á la dominacion infiel, cada uno procuraba refugiarse en las plazas cristianas. Balduino rey de Jerusalem en vista de estos desastres, para favorecer la retirada de los pobres cristianos que huian de la barbarie y brutalidad musulmanas, á la cabeza de la nobleza y de las dos Órdenes militares avanzó para servirles de escolta, colocando á todo aquel pueblo, hombres, mujeres y niños, rebaños y bagaje en medio de sus fuerzas, aparentando así un respetable cuerpo de tropas. El rey se colocó á la vanguardia, el conde de Trípoli y Onfroy de Turon condestable del reino estaban en la retaguardia, los Templarios y Hospitalarios exploraban el terreno para mayor seguridad de aquel ejército, que puede decirse

(1) Guill. de Tiro, lib. 17, cap. 19.

(2) San Juan de Acre (Tolemaida).

indefenso. Con esta disposicion se tomó el camino de Antioquía. Noradino, que deseaba que esta importante presa no se le escapase de las manos, avanzó rápidamente á la cabeza de la caballería, y flanqueó al ejército cristiano, sobre el cual caia un diluvio de flechas á fin de detener su marcha; tentó varias veces aplastar al ejército cristiano, provocándolo á combate; pero el otro seguia impertubable su camino. Los infieles, con el objeto de entorpecer una marcha de sí embarazosa por tantos bagajes, á cada momento volvian á la carga; sin embargo se estrellaron contra el valor del conde de Trípoli y de los Templarios y Hospitalarios, que les hicieron pagar caro su atrevimiento, de manera que desesperado Noradino de no poder lograr su objeto, y hallándose falto de víveres, abandonó la persecucion, llegando dichosamente los cristianos á Antioquía.

Durante la ausencia del rey y del Gran Maestre del Temple, Jerusalem estuvo al punto de caer en manos de los infieles. Dos hermanos llamados Jarroquinos, sátrapas y descendientes del califa que reinaba en la santa ciudad cuando la tomó Godofredo, creyendo llegado el momento de volver á posesionarse de ella, y arrastrados por las instancias é insultos que de cobardes les hacia su madre, levantaron un respetable cuerpo de tropas, pasaron por Damasco, y avanzando con celeridad y á grandes marchas por las riberas del Jordan, acamparon en el monte Olivete, con el designio de sorprender la ciudad, después de tomado algun reposo, con la persuasion fundada de tomarla al primer ataque, sabiendo que no habia tropas en ella, y que su rey estaba bastante lejos para poder socorrerla. Desde el momento que se supo la aproximacion de estas fuerzas enemigas, es imponderable el espanto que se apoderó de los habitantes de Jerusalem; no obstante se reanimaron luego al ver que los pocos Templarios y Hospitalarios que habian quedado en la plaza tomaron las armas, intimando los jefes de las dos Órdenes que todos los ciudadanos se aprestasen á la defensa, recordándoles que otra vez la ciudad se habia salvado durante la ausencia del rey, y se resolvió no esperar el ataque del enemigo, sino salir durante la noche y atacar su campamento. Efectuóse esto mandando y dirigiendo esta operacion los Templarios y Hospitalarios. A la cabeza de dos cuerpos de gente decidida y desesperada, entran en el campamento del enemigo que estaba entregado al sueño, pegan fuego á las tiendas, rompen las cuerdas, é introducen el terror y la muerte. El enemigo, sorprendido y espantado de un ataque tan imprevisto, busca su salvacion en la huida, y se desbanda sin tener camino seguro. Los bárbaros huyendo por la parte de Jericó, caen frente de un cuerpo de caballería mandado por el mismo rey, quien al tener noticia de que los enemigos habian entrado en sus estados, avanzaba para correr al socorro de Jerusalem. Mas de 5,000 infieles perecieron en esta jornada y muchos otros fueron muertos por los paisanos cristianos.

La guarnicion de Naplus que guardaba su retirada, acabó de dispersarlos, persiguiéndolos hasta el Jordan, donde para evitar la muerte que les esperaba, al querer atravesar á nado dicho rio, se precipitaron á él, y encontraron en el mismo su sepultura.

El rey por represalias resolvió á su vez hacer una expedicion para devastar el territorio de Ascalon. Se puso en efecto á la cabeza del ejército, seguido del Gran Maestre de los Hospitalarios Fr. Raimundo de Podio y sus caballeros, del Gran Maestre de los Templarios Fr. Bernardo Trame-lay con sus respectivos escuadrones, y de los grandes señores del reino; entró en dicho país, pasando á hierro y fuego cuanto encontraba, arruinando sobre todo las casas de recreo y jardines pertenecientes á los principales de Ascalon, y llegando por fin á las puertas de esta ciudad con la resolucion de ponerle sitio; pero como las fuerzas con las cuales contaba eran insuficientes para tan importante empresa, para aumentar su contingente convocó á toda la nobleza del reino; los peregrinos que llegaban ofrecian sus servicios; los viejos del país, restos gloriosos de la primera cruzada, corrieron al campo: á cada uno se señaló su cuartel, mientras Gerardo señor de Sidon al frente de 15 galeras vigilaba la parte de mar para que no entrasen socorros en la plaza. La ciudad de Ascalon era fuerte, formidable, bien guarnecida y resguardada por torres, fortificaciones y máquinas de guerra de todo género, tanto para tirar flechas, como para arrojar piedras. El rey, aunque jóven, dirigia este sitio tan importante; despues del gran Godofredo de Bullon no habia visto la Palestina un príncipe que á su edad uniese á un raro valor tanta capacidad y talento por la guerra. El sitio fué largo y tenaz, los ataques vivos y continuos, la defensa tambien valiente; cada salida podia considerarse una batalla, cada palmo de terreno costaba la vida de los más bravos soldados; habia cinco meses que duraba el sitio y siempre con la alternativa de prósperos y adversos sucesos, cuando se presentó una escuadra venida de Egipto cargada de víveres y refuerzos para el enemigo. El almirante cristiano á la vista de tan poderosa escuadra, no pudiendo disputarle el desembarco, se retiró aconsejado por la prudencia, y el enemigo desembarcó sin oposicion; Ascalon recibió con gritos de alegría este socorro, y desde lo alto de las torres insultábase al ejército cristiano, diciéndoles que ya podian volver á Jerusalem. Y en efecto parecia que no quedaba otro remedio, siendo de este parecer los jefes del ejército, excepto los dos Grandes Maestres de las Órdenes, sostenidos por el patriarca y por la mayoría de los obispos. En un consejo de guerra que se tuvo, expusieron los Grandes Maestres que la retirada del ejército seria un deshonor para el soldado, así como envalentonaria al enemigo, y podria suceder muy bien que el sultan intentase á su vez sitiár á Jerusalem. Por fin el rey, despues de haber pesado las razones expuestas en diferentes consejos, para el honor de las ar-

mas cristianas, determinó continuar el sitio. Despues del desembarco y reforzada la guarnicion, esta hizo frecuentes salidas, juzgando desalentados á los cristianos, pero fueron rechazados siempre con grandes pérdidas por lo que después ya eran muy raras las que hacian.

Los Templarios trabajaban tan cerca de la ciudad, que lograron llenar un foso, y colocaron una torre muy alta de madera aproximándola á la muralla: era una máquina de guerra, la cual por medio de unas ruedas se podia retirar y acercar segun convenia; estaba dotada de un puente levadizo que, sino encontraba mucha resistencia, se dejaba caer sobre la muralla, y por él pasaban los sitiadores y se apoderaban de la plaza. Los sitiados, al ver aquel castillo tan cerca y que les amenazaba de un peligro inminente, por medio de combustibles y resina, betun y aceite, le pegaron fuego; pero el incendio fué fatal para ellos, pues en vez de quemar la torre merced á un viento Este que se levantó, el torbellino de llamas calcinó la muralla y se desplomó su parte superior. Observado por los Templarios que no sólo habia este favorable suceso, sino que el fuego habia producido una abertura que facilitaba el asalto, el Gran Maestre de su Orden pasó al lugar indicado para reconocer en persona la brecha, y hallándola practicable, sin reflexionar si seria ó no socorrido á tiempo, vence todos los obstáculos sube á la brecha á la cabeza de 50 aguerridos Templarios, llevando la alarma hasta al interior de la ciudad. El enemigo, no menos activo, repuesto de su espanto, y estar dentro de la ciudad aquel puñado de valientes, corre á la brecha, se apodera de ella, y trabaja desesperadamente para repararla, poniendo travesaños con maderas y entenas de barco y otros obstáculos para impedir por este medio que penetren los demás, como que salgan los que estaban dentro. En este conflicto, los caballeros se vieron encerrados y cogidos en medio de numerosos enemigos, sin auxilio ni socorro alguno, y á pesar de su defensa desesperada, fueron pronto sacrificados al furor y venganza de los sitiados.

Se sabe por la relacion de un testigo ocular, que asistió á esta campaña desde el principio del sitio hasta la rendicion de la ciudad, que no se escapó ni un solo Templario, cortándoles á todos la cabeza, sin exceptuar al Gran Maestre Tremolay, cuyo cuerpo, así como el de los demás, fueron puestos en espectáculo á vista del campo sitiador, el cual no recogió de tan bella ocasion, sino el pesar de haber errado el golpe (1).

El abate Vertot en su historia de la órden de Malta, al hablar de este suceso dice: «No se puede explicar la indignacion del rey y la cólera del soldado, cuando se supo que sólo la avaricia de los Templarios habia hecho fracasar una conquista tan dificultosa y de tanta gloria.» Guillermo de Tiro, aunque prevenido contra los Templarios, no dice esto, sino: «Due-

(1) Anselm. Gemblasensis Chron., an. 1153.

ños de la brecha, ellos alejaron, según se ha dicho, al soldado, á fin de que entrando los primeros en la ciudad, tuvieran la mayor parte en el pillaje.» Luego no era fundado atribuir este mal resultado á los Templarios, sino que era sólo un rumor vago é incierto, como ordinariamente acontece en casos semejantes, echando maliciosamente el mal éxito de las empresas sobre la avaricia ó presuncion de los jefes superiores. Pero ¿cómo podía Guillermo de Tiro dar crédito á esta acusacion, cuando él mismo confiesa que no entraron en la plaza más allá de cincuenta Templarios? ¿Podía suponerse al Gran Maestre tan falto de buen sentido, para persuadirse que á la cabeza de 50 caballeros habia bastante para apoderarse de la ciudad y saquearla, habiendo en ella una respetable guarnicion? Además, ¿se sabe si existia algun acuerdo entre el Gran Maestre y los otros jefes del ejército, de que los primeros que montarían al asalto, entrados en la ciudad tendrían la mejor parte del botín?

Si es verdad que Tramelay, dueño de la brecha, impidió á los soldados pasar adelante, es muy natural el creer que al verlos correr sin orden y sin jefes, negaría el paso á esa multitud confusa, la cual, ávida de saqueo, iba á exponerse á una muerte evidente, como puede inferirse por lo que dice Guillermo de Tiro: «Los soldados, habiendo oido y sabido el fracaso causado por el desplome de la muralla, corrieron á las armas. *Arma corripunt, ad loca illa convolant, quasi patefacto divinitus editu* (1).» Luego corrian en confusion, y un comandante no debe permitir que se entre así dentro de una plaza que se defiende en toda regla. Por cuya razon el Gran Maestre no entró sino con 50 de los suyos, con el fin sin duda de ocupar algun punto importante, ó establecerse cerca de la brecha, mientras tanto se advertía al rey de este acontecimiento; pero como la guarnicion de la plaza era fuerte, repuesta del primer espanto, atrajo á los Templarios al interior de la ciudad, para pasarlos á todos al filo de la espada, como así desgraciadamente aconteció, impidiendo y no dando tiempo de ejecutar el designio del Gran Maestre (2).

Pero los enemigos del Temple se han aprovechado de todos los accidentes que podían ser desfavorables á la Orden, y de ahí es que no han titubeado en afearla, diciendo que la avaricia y la sed del pillaje habian conducido á los Templarios á entrar solos en Ascalon.

Malgrado el suceso de dicha jornada, muerto el Gran Maestre Tramelay con sus 50 caballeros, desalentado el ejército por la duracion del sitio, y viendo tantos gastos prodigados inútilmente, el rey, en vista de todos estos accidentes, trató de abandonar el sitio de Ascalon; pero antes de tomar una resolucion de tanta importancia, juzgó prudente tener un

(1) Guill. de Tiro, lib. 17, cap. 27.

(2) Dunod: Nobiliario del Franco Condado, pag. 113.

consejo de guerra, á fin de deliberar y resolver maduramente sobre este negocio. En efecto, en dicho consejo los laicos fueron del parecer del rey, ó sea de levantar el sitio; pero los caballeros de las dos Órdenes, y los eclesiásticos con el patriarca á la cabeza representaron al rey que no podia dispensarse de hacer un nuevo esfuerzo, que su honor estaba en ello tan interesado como la religion, que la ciudad podia ser inconquistable sin que el enemigo fuese invencible, que se le provocase al combate y se le hiciese bajar al llano, dándose una batalla campal, que era lo que deseaba el ejército, y con esto podrian cambiar de faz los sucesos, como así era de esperar.

Este razonamiento pareció bien al rey y lo aceptó, dando inmediatamente orden al campamento para que se preparase á combatir al enemigo dentro de tres dias. El soldado, que no deseaba otra cosa, recibió esta orden con entusiasmo, y al efecto se dispuso para este acontecimiento por medió de la oracion, el ayuno y la recepcion de los Sacramentos. Llegado el momento señalado, el ejército salió de sus líneas, se formó en batalla y avanzó al sonido de los instrumentos de guerra hasta los muros de Ascalon, desafiando con atronadores gritos á los sitiados. Estos, comprendiendo la señal, orgullosos de su victoria pasada, y confiados en su mayor número, aceptan á su vez ese reto de los cristianos, y salen de la plaza, desapareciendo en un momento el espacio que separaba á los dos ejércitos, por cuanto unos y otros se juntan, los escuadrones se mezclan, los dos campos parecen uno solo, y se baten con todo el ardor imaginable. Los caballeros Templarios, para vengar la muerte de su Gran Maestre y de sus cohermanos asesinados villanamente, en compactos escuadrones se abalanzan con furor al través de las masas enemigas, sembrando el terror y la muerte en todas partes; los Hospitalarios, que el celo y la emulacion precipitaba al peligro, todos indiferentes sobre la conservacion de su vida, no la economizaron en este lance con tal de matar sarracenos. La batalla duró desde la mañana hasta la noche, combatiéndose por una y otra parte hasta vencer ó morir. La victoria estuvo indecisa tanto para unos como para otros; esta alternativa excitó á los combatientes á hacer tales esfuerzos, que convirtieron esta accion, no en batalla, sino más bien en cruel carnicería. El sarraceno, atónito del valor invencible de los cristianos y de una resistencia que no esperaba, desesperando de vencer á dicho ejército que se batía como un leon furioso, empezó á retirarse hácia la plaza; lo que notado por el rey, avanza con brio, seguido de los caballeros de las Órdenes, y pone en desorden y confusion á las masas enemigas que se replegaban. Entonces el soldado cristiano, embriagado por la victoria, y encarnizado contra los infieles, ni daba ni pedia cuartel; rios de sangre corrian por las líneas del campamento, y la mayor parte de los egipcios que habian llegado en socorro de Ascalon pereció en esta jornada.

Los que pudieron escapar del filo de la espada cristiana entraron en la ciudad, llevando con la vergüenza de la derrota el desespero de salvar la plaza. La consternación era general; los viejos, las mujeres y los niños durante la batalla se hallaban reunidos en la mezquita, rogando al falso profeta les amparase en aquellos angustiosos momentos; pero sus oraciones fueron inútiles, como los clamores de los profetas de Baal en tiempo de Elías, que se burlaba de ellos diciéndoles: *Clamate voce majore*.

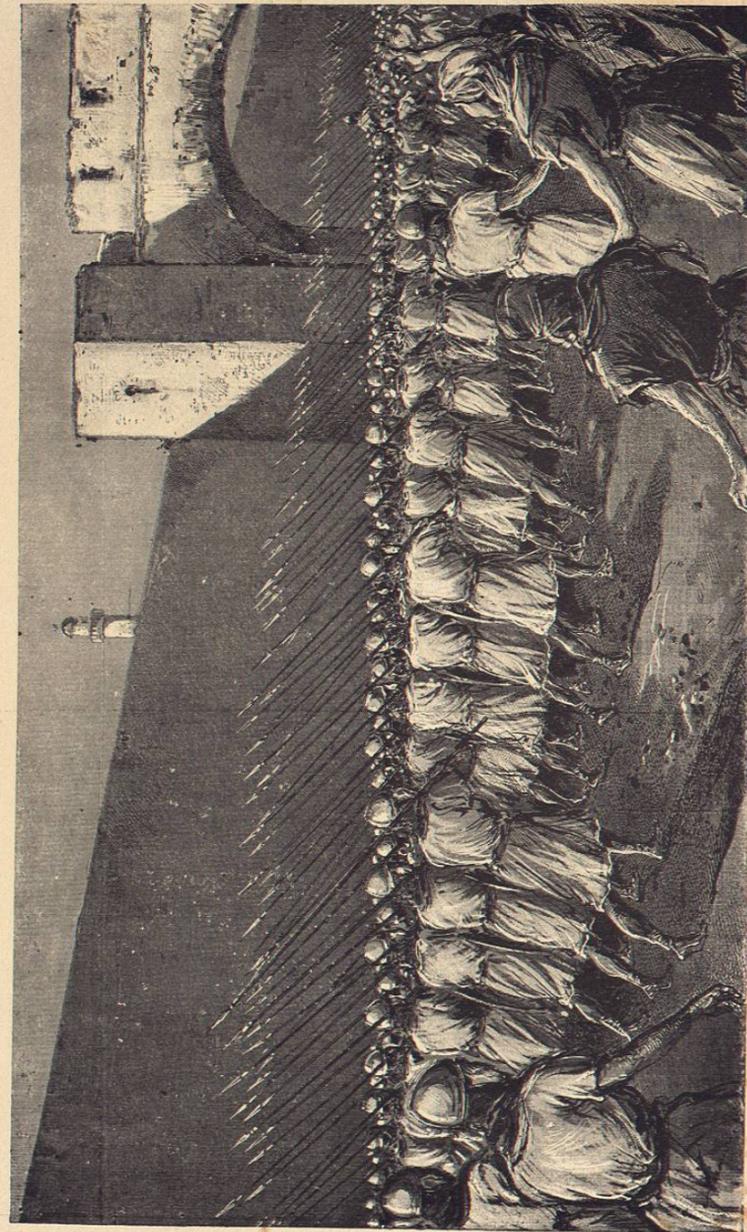
Los que se sentían con fuerza, animados por la desesperación y el despecho, se apresuraron á formar retrincheramientos detrás de las murallas, temiendo de un momento á otro el asalto, por cuanto el ejército cristiano no cesó de arrojar, durante la noche inmediata, toda clase de proyectiles y piedras, una de las cuales lanzada por las máquinas de guerra, de peso enorme, cayó sobre una gran viga que en aquel momento trasladaban cuarenta hombres para sus retrincheramientos, y casi todos fueron aplastados. El terror se esparció por todo el pueblo; persuadido de la inutilidad de la defensa, clamó por capitular, temiendo las desastrosas consecuencias de un asalto que se consideraba inminente, en cuya virtud se eligieron algunos magnates de la ciudad para presentarse al rey á implorar su clemencia, y decirle que se entregaría la ciudad.

En efecto, con pretexto de enterrar los muertos, hubo una suspensión de hostilidades por tres días, y á favor de esta tregua, se estipularon las condiciones de la rendición, que consistieron en poder salir con algunos efectos, acompañándoles una escolta hasta Laris, ciudad del desierto, lo que se cumplió lealmente.

Después de seis meses de sitio, los cruzados entraron en Ascalon con el júbilo y el entusiasmo que da el triunfo; puede decirse que fué más bien una procesión que otra cosa, pues lo hicieron cantando himnos y cánticos sagrados: el Patriarca á la cabeza del clero abría la marcha, llevando aquella porción de la verdadera cruz que santa Elena había dado á la Iglesia de Jerusalén; venían luego los caballeros de las Órdenes, los Templarios á la derecha, y los Hospitalarios á la izquierda, seguidos de gran número de señores, hasta llegar á un oratorio magnífico, que se había preparado de antemano para depositar el sagrado madero de la cruz del Salvador, y allí dar gracias al Dios de los ejércitos por tan señalada victoria. Esta entrada memorable se hizo el miércoles 11 de agosto de 1153 (1).

Después de la conquista de Jerusalén, no había acontecido un hecho tan glorioso ni tan útil como la rendición de Ascalon. Las fuerzas que se dejaron en esta plaza para guarnecerla, así como las de Gaza que eran de Templarios, cobraban grandes contribuciones hasta el interior de Egipto,

(1) Pagi. tom 4, pág. 376.



Entrada triunfal del ejército cristiano en Ascalon.